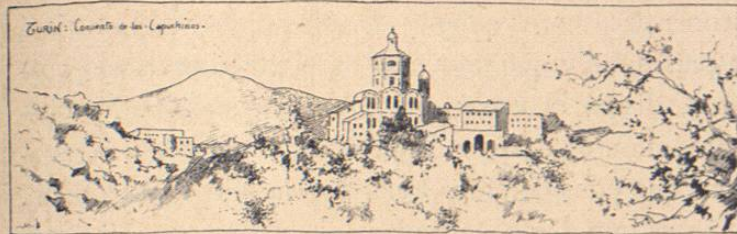
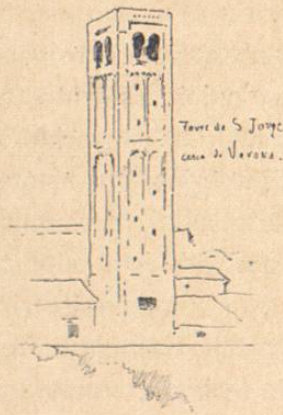


honran á los pueblos; á nombre de Cristo, los hombres santos y piadosos han sabido enjugar las lágrimas vertidas por la humanidad en sus desgracias.

Demos una mirada por última vez á la santa imagen de María que corona la aguja del Duomo, y perdónese al autor un desahogo personal. Más de una ocasión su respetable padre había ido á orar ante el altar de la *Anunziata*, como él la llamaba, y halló consuelo á sus pesares; hoy llegaba allí también el hijo á depositar sus penas y... también hallaría el consuelo; pues arde en su pecho la antorcha de la fe. ¿Y qué mejor confidente que la Virgen María? El tiempo no pasa en vano: buscamos á los nuestros allí donde debíamos encontrarlos y nadie respondió á la voz que los llamaba cariñosamente; la ciudad nos pareció un desierto, pues en ella no nos quedaba ya ni un deudo ni un amigo.

Mas la hora de partir se acerca. Díganos adiós á la hermosa perla de la Lombardía, engastada hoy en la diadema de oro y de turquesas que, en forma de cielo, ciñe la frente de la divina Italia como la más rica de sus joyas.



CAPÍTULO VII

UNO de los días más serenos que pueden verse en el Norte de Italia, fué para nosotros el 29 de Enero. Diríase que el tiempo invernal había rejuvenecido, como el Doctor Fausto, y nos enviaba efluvios de primera. El tren partió de la estación á la hora de reglamento, y nosotros, tranquilamente sentados en un vagón, recorriamos con la vista el paisaje, que, como kaleidoscopio, se presentaba con todos sus variados matices. Por aquí una aldea, más allá un viñedo, hacia adelante torres que dominaban muchas casitas blancas, y por todas partes animación y vida era lo que veíamos en la comarca que íbamos atravesando.

Detúvose el tren en una gran estación, y suponiendo que era la central de Turín, estuvimos á punto de ba-

jarnos; pero un estudiante que regresaba de Venecia á su país natal y que conversó agradablemente con nosotros, disipó el error que habíamos sufrido. No obstante, minutos después llegábamos á la verdadera estación, que consideramos igual por su lujo á la de Milán, si no es que tiene sobre aquélla alguna superioridad.

Todos los departamentos son amplios y cómodos, y su fachada, frente á una plaza de bonito aspecto, tiene toda la apariencia de un palacio, con sus columnatas y su gran reloj sobre la portada. Después de instalados en el hotel, salimos á conocer la ciudad, antigua capital del reino de Cerdeña, y hoy una de las más aristocráticas de Italia.

Dudan los historiadores acerca del origen de Turín; pero algunos suponen que fué fundada por los vecinos del Tauro, y de allí que en su escudo se vea un toro en actitud semejante á la que tiene el león alado de Venecia.

La ciudad, aunque de menos importancia que Milán, es de hermoso aspecto; todas sus calles amplias y tiradas á cordel se ven de un extremo á otro ofreciendo una armonía de líneas que les da una agradable perspectiva. Además de esto, sus portales superan en número y elegancia á los de Bolonia. Sólo una cosa debe censurarse, por lo que toca á los portales cercanos al Castillo, de que luego trataremos, y es que atendiendo más á los fines comerciales que á la estética, han cubierto sus arcos con alacenas parecidas á las que había en el derrumbado portal de Agustinos de México. De esta suerte no lucen absolutamente los elegantes aparadores de las casas de comercio que hay dentro de esos pórticos.

Ya que mencionamos el Castillo, empezaremos por allí nuestra excursión en la famosa ciudad de Turín. Este edificio, llamado también Palacio Madama, fué erigido por el Marqués de Montferrato, en el siglo XIII. Lo mandó reconstruir Ludovico, último príncipe de Acaja, con cuatro torres, de las cuales una fué destinada á Observatorio Astronómico. La fachada se puso por orden de Madama Real, la viuda de Carlos Manuel II. En tiempo de Amadeo VI, llamado el Conde Verde, el Castillo que daba á la orilla oriental de la ciudad, mientras ahora puede decirse que ocupa el centro de ella. Allí se concluyó la paz entre venecianos y genoveses, reuniéndose los plenipotenciarios en Abril de 1381. Con motivo del arbitraje pronunciado por Amadeo VI hubo grandes festejos en el Castillo, y al separarse los embajadores, el Conde Verde les dirigió las siguientes palabras: «Señores, si el empeño y el dinero que empleasteis para destruir los unos á los otros lo hubieseis destinado á la conquista de Jerusalén y de Soria, habríais hecho un gran beneficio á la cristiandad, y ganado muchas tierras y países á los infieles. Os ruego, por lo tanto, que conservéis entre vosotros de hoy en adelante una paz amistosa y fraternal benevolencia, y que os sirváis contribuir, vosotros los de Venecia, con cuarenta galeras, y vosotros los de Génova, con otras tantas, mientras yo, por mi parte, me procuraré otras veinte en Cataluña y en Provenza, y con esto y con la ayuda de Dios y vuestra, conquistaré la Tierra Santa de promisión». Actualmente sirve este palacio de residencia á la Academia Real de Medicina, y las Sociedades de ingenieros é industriales. Como el

Castillo tenía un gran subterráneo que lo comunicaba, al decir de muchos, con la montaña de Superga, se cuentan escenas novelescas que hasta ahora no tienen más fundamento que el que les da la imaginación popular, cuando se trata de épocas remotas.

Hay dos galerías en Turín: la más elegante, sin llegar á la categoría de la de Milán, es la cercana á la plaza del Castillo; la otra, algo más distante, se parece á los *passages* de París.

El Palacio Municipal está frente á la plaza que lleva su nombre, y fué edificado desde 1659. Entre sus adornos ostenta con profusión las armas de Turín. Hay en él buenas estatuas; su gran escalera es de las más notables, y el techo de la gran sala está ricamente tallado y dorado.

El Palacio Real, edificado donde se hallaba el antiguo por el Duque Carlos Manuel II, es tan grande y se halla de tal manera dispuesto, que el soberano, sin salir de él, podía dirigirse lo mismo á la iglesia que al teatro, á los establos, á las oficinas del gobierno y á la academia militar. Es un edificio cuadrado ceñido de pórticos. La estatua ecuestre de mármol que representa á Víctor Amadeo I, con dos estatuas de esclavos á los lados, fué el único monumento que dió á los aldeanos que paseaban por Turín, en ocasiones solemnes, idea de este género de obras. Larga por demás sería la tarea de citar todos los buenos cuadros que contiene el citado palacio. En el exterior hay una gran reja de hierro, en el centro de la cual se abre una puerta que tiene á los lados las estatuas ecuestres de Cástor y Pólux.

Por estar unida al palacio, pasaremos á la Catedral.



CAPILLA DEL SANTO SUDARIO, EN LA CATEDRAL DE TURÍN.

Comparada exterior é interiormente con las de otras ciudades que acabábamos de visitar, no resiste el análisis, por más que no carezca de obras de arte que por sí mismas tienen gran valor. Pero dejando aparte las bellezas que á primera vista se presentan, entremos á la hermosa Capilla del Santo Sudario que se halla detrás del altar mayor. Es admirable su estructura, tal como debe suponerse, estando destinada á guardar una preciosa reliquia. El arquitecto que la diseñó fué Guarini, y quedó terminada en 1694. Para dar una idea de esta belleza artística, nos permitiremos traducir lo que dice un escritor italiano. He aquí sus propias palabras:

«Se sube á esta capilla por dos escalas majestuosas que se alzan al extremo de las dos naves laterales del duomo, bajo dos puertas gigantescas de mármol negro. Fúnebre es la entrada, fúnebre todo el aparato de la capilla, en medio de la cual se eleva sobre el altar, á manera de túmulo, la urna que encierra la reliquia del Sudario. La cúpula del edificio se alza ligera y fantástica sobre una rotonda de mármol negro, con arcos y pilastras de hermosas proporciones. Está dispuesta en zonas exágonas, de modo que el ángulo de una zona corresponde al medio del lado de las zonas que están debajo y arriba; llegando á cierta altura, la parte interior converge rápidamente, y está toda traspasada por luces triangulares, hasta que el espacio augusto se cierra con una estrella que deja ver á través de sus claros, otra bóveda sobre la cual está representado el Espíritu Santo en un cuadro de gloria. En los huecos de los cuatro arcos de la capilla, el rey Carlos Alberto mandó levantar cuatro monumentos de mármol blanco, uno á

Amadeo VIII, otro á Manuel Filiberto, el tercero al príncipe Tomás, y el cuarto á Carlos Manuel II. En el espacio vacío que se halla sobre una de las escalas, se alza la estatua de la piadosa consorte de Víctor Manuel II, María de Adelaida, trabajo de Revelli.»

La reliquia que allí se venera es el santo Sudario, ó lienzo en que José de Arimatea envolvió el Sagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de darle sepultura. Nosotros vimos fotografías, tocadas al santo lienzo, en las cuales se ven las divinas formas del Redentor vagamente trazadas, pero que dan idea exacta de ellas.

En la sacristía del Duomo se guardan objetos preciosos, entre los que figura la rosa de oro enviada por Su Santidad Pío IX á María Adelaida con motivo de su matrimonio con Víctor Manuel.

De la Catedral nos dirigimos á la Armería Real donde hay una colección de armas tan notable y curiosa, que todo viajero debe visitar. Está en una de las alas del Palacio Real. La primera colección de armas fué debida á Carlos Manuel I; pero se perdió en un incendio. La actual se debe á Carlos Alberto y á los que le sucedieron. Allí se ven desde las primitivas armas de fuego hasta las de última invención; armas blancas de todos tamaños; instrumentos indígenas de los pueblos salvajes y semisalvajes, empleados por ellos para ofender ó defenderse de los ataques de sus enemigos, y en fin, variedades que llamarán la atención de los arqueólogos y de los peritos en el arte de la guerra.

Allí se conserva, mellada por una bala, la coraza que vistió Carlos Manuel III en la batalla de Guastalla; la

armadura completa del duque Manuel Filiberto; parte de la armadura del príncipe Eugenio; la espada que llevaba Napoleón I en la batalla de Marengo, y otra multitud de objetos antiguos y modernos, entre los que hay trabajos de Benvenuto Cellini. Guárdanse también las banderas conquistadas en la guerra por el ejército del Piamonte. En medio de la sala, sobre pedestal de granito, se levanta la estatua del Arcángel San Miguel, humillando con su espada á Lucifer.

El Museo, establecido en el palacio que ocupó el parlamento cuando Turín era la capital del reino, es vastísimo y no es suficiente un solo día para formarse idea de la colección zoológica y mineralógica que contiene. Visitamos con más detenimiento la primera, en que vimos ejemplares notables, como el esqueleto de un glyptodón, dos ballenas, un ballenato traído del polo Norte y regalado por el Duque de los Abruzzos, un elefante, que en vida mató con la trompa á su guardián, y condenado á muerte por el rey, ocupó allí un lugar distinguido, y en fin, leones, ciervos, osos, panteras, y no seguimos, pues todos los lectores saben de sobra lo que poseen los museos de esta clase.

Hay en Turín varios jardines que sirven de paseos y suelen ser frecuentados cuando el tiempo es agradable. Cerca de uno de ellos se halla el edificio coronado por la grandiosa torre Antonelliana, llamada así por el arquitecto que la construyó. Ese edificio estaba destinado á servir de templo judío; pero saliendo muy costoso fué enajenado al municipio que lo ha dedicado á guardar en él los objetos históricos que se relacionan con el desarrollo de Italia. La torre Antonelliana se considera,

después de la torre Eiffel, como la más alta del mundo.

Nuestra corta permanencia en la ciudad nos impidió conocer muchos de sus templos. Sin embargo, citaremos el de San Lorenzo, que lleva ese nombre desde que Manuel Filiberto ganó la batalla de San Quintín. Mientras éste transformaba el templo de Santa María, Felipe II mandaba construir el Escorial. El Corpus Domini fué erigido para conmemorar el milagro del Santísimo Sacramento, acaecido el 6 de Junio de 1453. San Francisco de Paula se debe á Madama Real Cristina de Francia; el día que llegamos estaba rigurosamente enlutado, por verificarse en él honras fúnebres por el alma del rey Humberto. El aspecto de la iglesia era severo é imponente; sus adornos lujosos, y frente al catafalco se veían sobre un cojín de terciopelo con franjas de oro, la corona, el cetro y la espada del soberano.

Muchísimos son los monumentos que hay en Turín; pero llaman la atención particularmente el de Víctor Manuel, que á diferencia de los demás que tiene en Italia, la estatua del rey se halla en pie sobre un airoso pedestal; la estatua ecuestre de Carlos Alberto, rodeada de cuatro figuras alegóricas de mérito; la de Manuel Filiberto, reputada como la mejor de la ciudad; los monumentos á Pedro Micca y otros varios que no tenemos tiempo de mencionar. Sin embargo, por lo original nos llamó la atención la estatua del Duque de Génova, padre de la Reina Margarita. Se levanta en la plaza Solferino y representa al Duque en la batalla de Novara, en los momentos en que su caballo cae herido de muerte, mientras él, alzando la espada, señala á sus

soldados el camino de la gloria. La actitud del jinete y la posición del caballo se distinguen por la naturalidad.

Una excursión verdaderamente agradable es la que puede hacerse al Monte de los Capuchinos. Pasado el puente de piedra mandado construir sobre el Po por Napoleón I, notable por la elegancia de sus cinco arcos y por su solidez, se llega cerca del templo de la Gran Madre de Dios, erigido en acción de gracias por haber recuperado el Piamonte su independencia, con la vuelta de Víctor Manuel I, su legítimo rey. Esta iglesia es notablemente bella. Un ferrocarril funicular traslada al viajero á la cima del Monte de los Capuchinos, donde hay una pequeña iglesia anexa al convento. De allí se disfruta la vista más hermosa que puede imaginarse. Como se sabe, el Po, aumentado su caudal con las aguas del Dora Riparia, baña la ciudad de Turín. Hacia la ribera derecha se levanta una hermosa cadena de colinas, en que abundan fuentes de agua potable. Al oriente, al poniente y al sur rodean el extenso valle los Alpes marítimos, el Monviso, el San Bernardo y el gigantesco Monte Rosa. Como era invierno la cordillera se hallaba cubierta literalmente de nieve.

Reduciendo el gran cuadro teníamos al frente la ciudad con sus calles simétricas y el Po que se deslizaba mansamente; á la derecha el Superga, monte coronado por un espléndido Santuario; después seguían en desorden casas de campo, y á la izquierda llanuras que revelaban ser de gran fertilidad en la estación del verano. Los matices de un crepúsculo vespertino que de allí se contemplan son de aquellos que siempre se recuerdan, por sus infinitas variedades.

Pero ya que mencionamos á Superga, es preciso decir algo de la basílica que ve alzarse majestuosa sobre su cumbre. Asediada la ciudad de Turín por los franceses, ofreció el Duque Víctor Amadeo II que si sus armas salían victoriosas erigiría un templo á la Santísima Virgen en lo alto de la montaña. Unido al príncipe Eugenio de Saboya, obtuvo el triunfo el 7 de Septiembre de 1706, y el duque cumplió su promesa. El templo es circular y en su centro se levanta una airosa cúpula. El interior está dividido en seis capillas de forma elíptica, y rematan exteriormente el edificio dos esbeltos campanarios. Muchos son los cuadros y los objetos artísticos que hay en la basílica, donde han sido sepultados todos los miembros de la casa de Saboya, con excepción de Víctor Manuel II y de Humberto I. Al visitar Superga, se recuerda el sacrificio de Pietro Micca, el soldado que, prendiendo fuego á una mina, sepultó á los asaltantes de la ciudad entre los escombros de una fortaleza, sucumbiendo con ellos. Turín conmemora el heroísmo del valeroso artillero con dos estatuas colocadas en parajes donde pueden ser admiradas.

De regreso á la ciudad pasamos por el puente colgante mandado construir en 1840 por la reina María Teresa, esposa de Carlos Alberto. Es obra elegante y de mérito.

No quisimos salir de Turín sin tener el gusto de visitar á los padres salesianos, para ver los progresos de la grandiosa obra de D. Bosco allí fundada. Llegamos al Colegio en busca de D. Rúa, el Superior de los Salesianos, y tuvimos la pena de no encontrarlo. No obs-

tante, se nos enseñó el establecimiento en que reinan el orden, á la par que la animación y la alegría. Ocioso sería describir esa casa benéfica, pues todos los Colegios que dirigen los hijos de D. Bosco se parecen, y ya se sabe que son modelos en su género.

En seguida nos dirigimos al templo de María Auxiliadora, que los salesianos han erigido con el buen gusto que los caracteriza. Tiene su planta la forma de una cruz latina, y es de verse el interior por la magnificencia de su arquitectura. La cúpula es majestuosa y bajo ella se ven cuatro frescos en que están representados cuatro doctores de la iglesia latina y dos de la iglesia griega. Hermoso es el gran cuadro del ábside con María Auxiliadora en el centro, y á la par son bellas todas las obras que hay dentro de aquel santuario. Complacidos nos alejamos de allí, pensando que la obra de D. Bosco ha de regenerar á los pueblos; la demagogia los empuja hacia el abismo, en tanto que los hijos del gran salesiano, con la religión del Crucificado, infunden en el obrero el espíritu de la democracia cristiana que les abre las puertas de un risueño porvenir social, al mismo tiempo que las del cielo.

Las sombras de la noche cayeron sobre Turín, y nosotros, á las pocas horas, dejábamos el hermoso suelo de Italia que, encarnando el espíritu de la belleza helénica, lleva hoy el culto del arte á las regiones más apartadas del globo.



CAPÍTULO VIII

EL tren no volaba, según la expresión del poeta; apenas corría pesadamente por las sinuosidades que forma la cordillera de los Alpes. Atravesó en el silencio de la noche el túnel del Mont-Cenis, atrevida obra de ingeniería que ha causado asombro á los hombres de ciencia, y ha sido la admiración de todos los que viajan por Europa. De repente la jadeante locomotora se detuvo, y saliendo de nuestro cómodo gabinete, nos hallamos en Modane, punto de la frontera que se encuentra en el fondo de un desfiladero. La nieve cubría todos los sitios que nos rodeaban; lo mismo la falda y la cima de las montañas que la estación del ferrocarril. A nosotros, los que vivimos en regiones más benignas, aquel espectáculo nos causaba sorpresa. Con dificultad po-